

LA SAETA

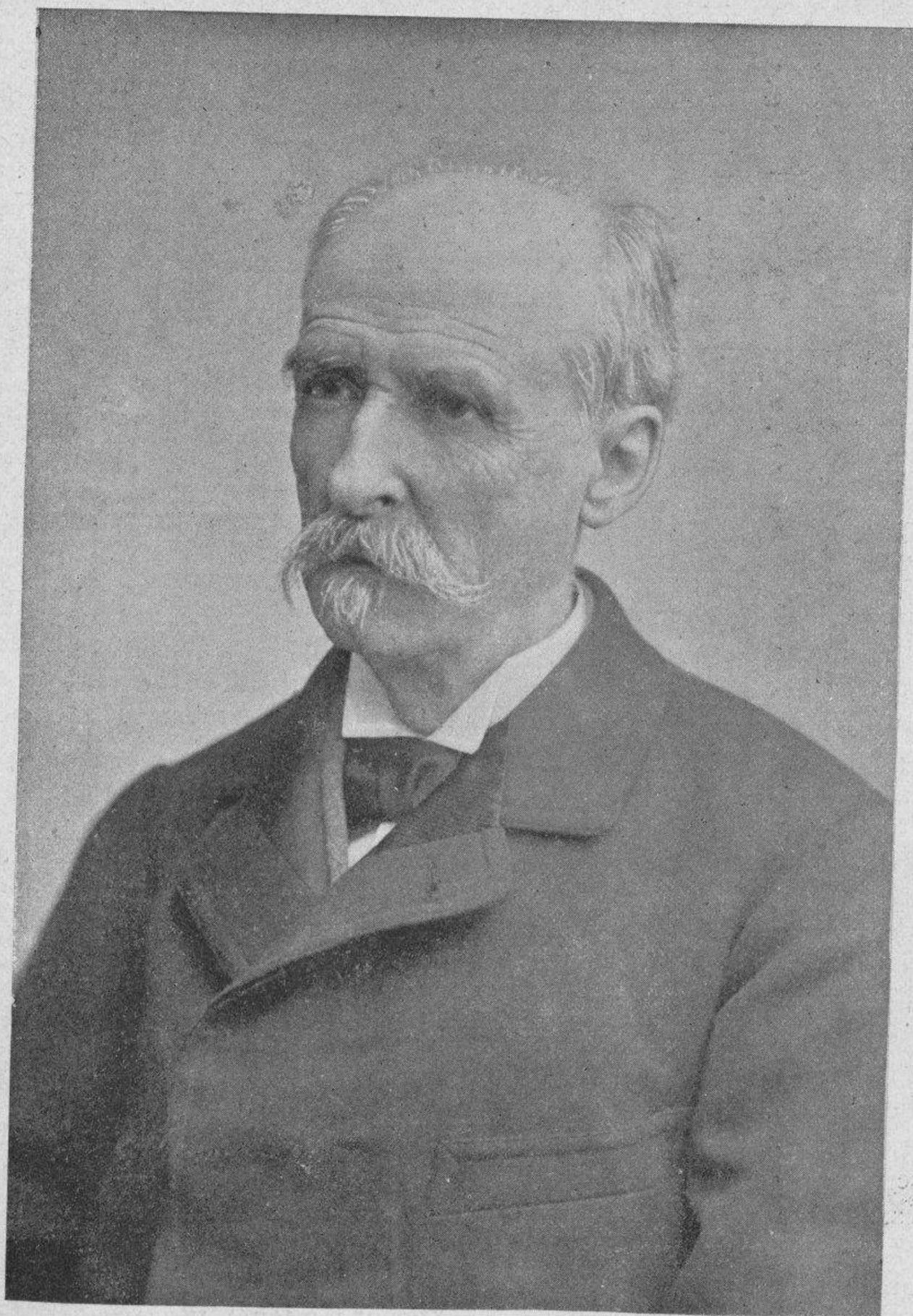
SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 6 de Mayo de 1897

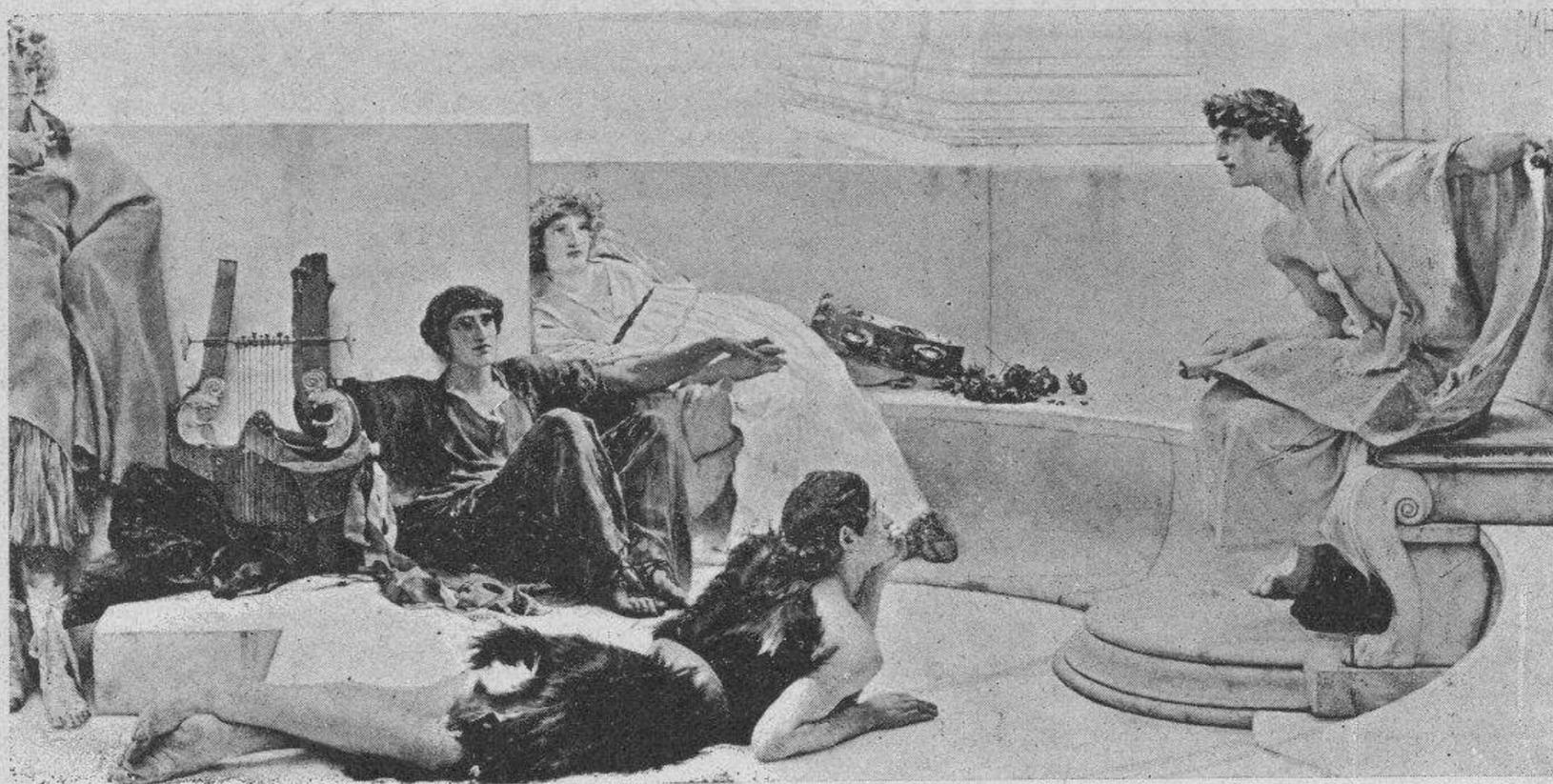
Núm. 337

NUESTROS NOVELISTAS



ENRIQUE PÉREZ ESCRICH

† en Madrid el 27 Abril de 1897



Lectura de Homero

Ceguera

Todo el mundo deplora los males de la patria. Nadie acierta con su remedio. Los lamentos resultan llanto de mujerzuela; estériles y sin que alcancen siquiera á sensibilizar la piel del paciente, que necesita de cáusticos y del acero del bisturí para que se estremezcan sus músculos y los nervios cortados transmitan al cerebro, con el dolor que punza, el ansia de la triaca que calma.

Es indudable que si un organismo, individual ó colectivo, lleva en sus senos gérmenes mortales, tiene mucho adelantado para desintegrarse pronto, para morir. Pero si conviene, ¡y á qué organismo no ha de convenir! retardar la muerte y recobrar con la salud las fuerzas perdidas, se empieza por conocer el mal y por combatirlo, y cuando ya las dos tendencias llegan á un equilibrio de fuerzas, basta entonces robustecer las funciones de nutrición para alcanzar la victoria. Así se logra enquistar la tuberculosis; así se reducen á la impotencia otros gérmenes morbosos y todas las ptomainas que se arrojan al torrente circulatorio quedan destruídas y anuladas por la savia vital, por la sangre fuerte, por las fogacitas, centinelas que vigilan por la integridad del gran todo que forma un organismo completo.

¿Cuál es la enfermedad que en estos momentos causa más daño á la nación, la que hace que no se remedien males de menor cuantía, la que impide el planteamiento de reformas útiles, la promulgación de leyes que estén en consonancia con las necesidades actuales? El predominio de las medianías en todas las esferas de la actividad humana.

En plena prosperidad, cuando un pueblo ha llegado, como Inglaterra, como los Estados Unidos, como Suiza, á no temer nada del exterior y á tener paz asegurada en el interior, las medianías pueden gobernar á sus anchas, ocupar todos los escaños de los Cuerpos Colegisladores, detentar todos los mandos de la milicia, entronizarse en los me-

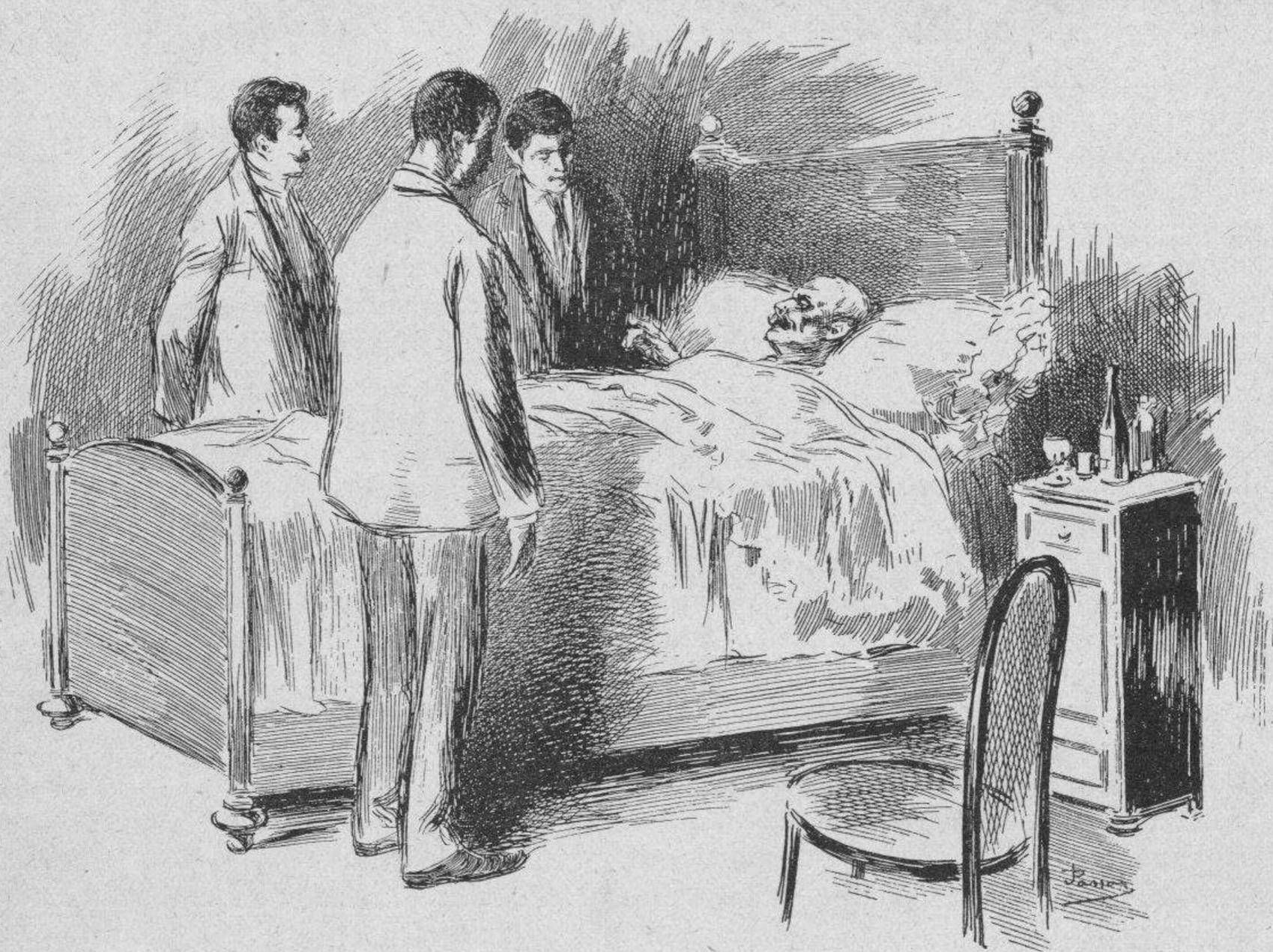
jores puestos de la administración, pasar plaza de grandes hombres en el campo de la literatura, convertirse de charlatanes en oradores, estar al frente de cualquier empresa industrial ó mercantil, ser jefes de las administraciones comunales, explicar en las cátedras ciencia vieja, rancia y averiada, construir monumentos capaces de dar lástima á cualquiera que entienda lo que representa y vale la línea, dirigir diarios, escribir artículos llenos de palabrería huera, hacer críticas de arte sin conocer los rudimentos de él; entonces no es un crimen embaucar al público, entonces puede tratarse de asuntos mujeriegos, resolver problemas de estética al uso de los que jamás concibieron nada grande, belleza suprema de la concepción; entonces debe ser permitido el nepotismo, porque no causa daño mayor, puede protegerse á los imbéciles, porque en algo han de emplearse las escasas fuerzas que tienen, no es un crimen de lesa patria dar un acta de diputado á un tonto de nacimiento, el mando de un regimiento á un militar negado, la jefatura de un buque á un marino que no ha navegado sino por las salas del ministerio y los salones de baile y que cree que en la mecánica la suma de dos y dos produce cuatro.

Así en Inglaterra han pasado y pasan por perfectos políticos Gladstone y lord Salisbury, que no son sino dos apreciables medianías, y en la Unión ha habido presidentes como Harrison y Mac-Kinley, que no brillan precisamente ni por la austeridad de su vida ni por la fulguración de su talento.

Pero dejar que las medianías y las nulidades ocupen los primeros puestos en una nación que lucha como buena por recobrar la salud perdida, es querer consumir la catástrofe que amaga, hacer que la enfermedad acabe en la muerte. Mirad alrededor y sentiréis la angustia de Diógenes cuando buscaba un hombre. Y no es que no existan. Es que hay una ceguera particular que no permite distinguirlos como *inter viterba cupreivi*. Cuando una epidemia cualquiera agosta un trozo de tierra plantado de una misma especie de árboles ó vides, aquéllos se yerguen más lozanos y pomposos que hincan más hondo sus raíces, y en tanto que á su alrededor mueren sus hermanos, ellos dan sazonados frutos. Sólo que el temor que inspira tener que luchar con las plantas muertas, impide que se aproveche el fruto de las vivas. En tanto que esa ceguera y ese temor persistan, no hay que esperar remedio. Se pide fruto á las plantas muertas y nadie aprovecha el de las plantas vivas. Pueblo que vacila en seguir á Moisés á través del desierto, merece que en Jerusalén muera Jeremías gritando: ¡Ay de tí, Jerusalén, y ay de mí!

A. RIERA.





Los tres licenciados

—No; lo que es de esta me parece que no salgo...—murmuró D. Romualdo así que el médico hubo salido de la estancia acompañado por los tres hijos del enfermo, tres mozos enclenques, larguiruchos, tristonos.

Y oyendo, allá á lo lejos, cerca de la puerta del piso, el vago susurro de una conversación, continuó para su almohada D. Romualdo:

—Ahora les dice el doctor á los chicos que no hay que abrigar esperanzas; que es caso desesperado... Desde anteanoche, cuando me insinuó mi hermana, como quien no quiere la cosa, que podría aprovecharme el recibir el Viático, me ví perdido.. Conozco que me las lío, que me voy... ¿cuándo será esto?... ¿pasado mañana? ¿mañana? ¿hoy mismo tal vez?

Esta idea le aterró durante unos momentos. Conservando en medio de su mortal dolencia toda la lucidez del espíritu, el enfermo se anticipó imaginativamente á los acontecimientos y se vió á sí mismo, vestido de negro de pies á cabeza, tendido sobre la cama convertida en catafalco, amarillo el rostro y desencajado, cerrados los párpados, afilada la nariz, hecho todo un cadáver, en fin, en el centro del cuarto, colgado de mortuorios paños, con un gran crucifijo y cuatro blandones ardiendo sobre altos candelabros de alquiler.

A D. Romualdo se le llenaron los ojos de lágrimas; nunca se había compadecido tanto á sí mismo; verdad que nunca fuera mejor fundada su compasión. Pero casi al punto se reprochó á sí propio aquel acceso de debilidad y procuró dominarla. El antiguo comerciante de ultramarinos había hecho durante toda su vida alarde de estoicismo; aseguraba que la vida no valía la pena de vivir y que á la muerte era preciso contemplarla cara á cara, sin temor, con una sonrisa de desdén.

Enjugó con la yema del dedo sus ojos húmedos, al ver entrar de nuevo á sus tres hijos, pisando quedo, y cuando les tuvo junto á su cama, uno á derecha y dos á izquierda, les dijo, después de sorber una poción que reanimó un poco sus fuerzas y su voz:

—Hijos míos... comprendo que ha llegado mi hora.

Los jóvenes hicieron un gesto de protesta.

—Sí, hijos, sí; se acerca mi fin... Dios me llama á su lado... y dentro de poco ya no tendréis padre...

—Papá, no diga usted esto...—exclamaron á coro los muchachos.

—¡Oh! no creáis que la idea de morir me espante... estoy preparado para comparecer ante la presencia del Señor... Claro que el pensamiento de dejaros me aflige... pero... pero... me consuela el saber que al menos... deo vuestro porvenir... asegurado.

Los tres hijos cambiaron una rápida mirada, y el más joven, que era la ingenuidad misma, no pudo evitar que se le alegraran súbitamente los ojos.

—No os puedo legar dinero... ni bienes... es verdad.

El trío filial cambió otra mirada, mas esta vez de honda consternación.

—Pero os deo algo... algo mejor... que la materialidad de una... fortuna...

Espectación general llena de dudas.

—Os deo... gracias á mis continuos sacrificios... una educación brillante... esto es... una posición social... el prestigio... la riqueza... si sabéis conducirlos...

D. Romualdo entornó los párpados, lo cual le dispensó de ver una triple mueca de incredulidad. Volvió luego á abrirlos, y dirigiéndose al mayor de los hijos, prosiguió:

—Tú, Aniceto, eres abogado... Un abogado se... se eleva hoy hasta donde quiere... gana un caudal... y... y conquista los más encumbrados sitios... Ahí tienes á Cánovas... sino hubiese... sido abogado... ¿qué habría sido? ¡Nada!

Aniceto se puso á reflexionar con toda la amargura de su alma que en cuatro años que llevaba de ejercer el turno de oficio, no había cobrado más que treinta y siete pesetas, cincuenta céntimos.

—Tú, Anacleto, has seguido la carrera de Medicina... y tienes el privilegio de matar al prójimo—continuó el enfermo, que hasta en aquellos instantes solemnes no quería perder la ocasión de lanzar un chiste por el que mostrara toda su vida singular predilección.—Un médico llega hoy á hacerse célebre por poco que quiera... con alguna asiduidad... y se enriquece fácilmente... Así... el dinero que habrá ganado esa Comisión...

Anacleto sonrió con inmensa tristeza. En tres años que llevaba de médico no había podido matar más que á un agente de orden público y aun por una casualidad que no se explicaba.

—En cuanto á tí, Agapito—siguió D. Romualdo haciendo un esfuerzo para terminar su plática—acabas de tomar... la... licenciatura en filo... filo... filosofía y letras. ¡Qué gloria y qué por... por... venir te espera si... sabes... aprovecharte! Creo... que... Castellar... empezó por ahí y...

El cansancio le rindió, y desde aquel momento el bueno de D. Romualdo no abrió la boca más que á raros intervalos, para balbucear una palabra, un monosílabo. Cua-

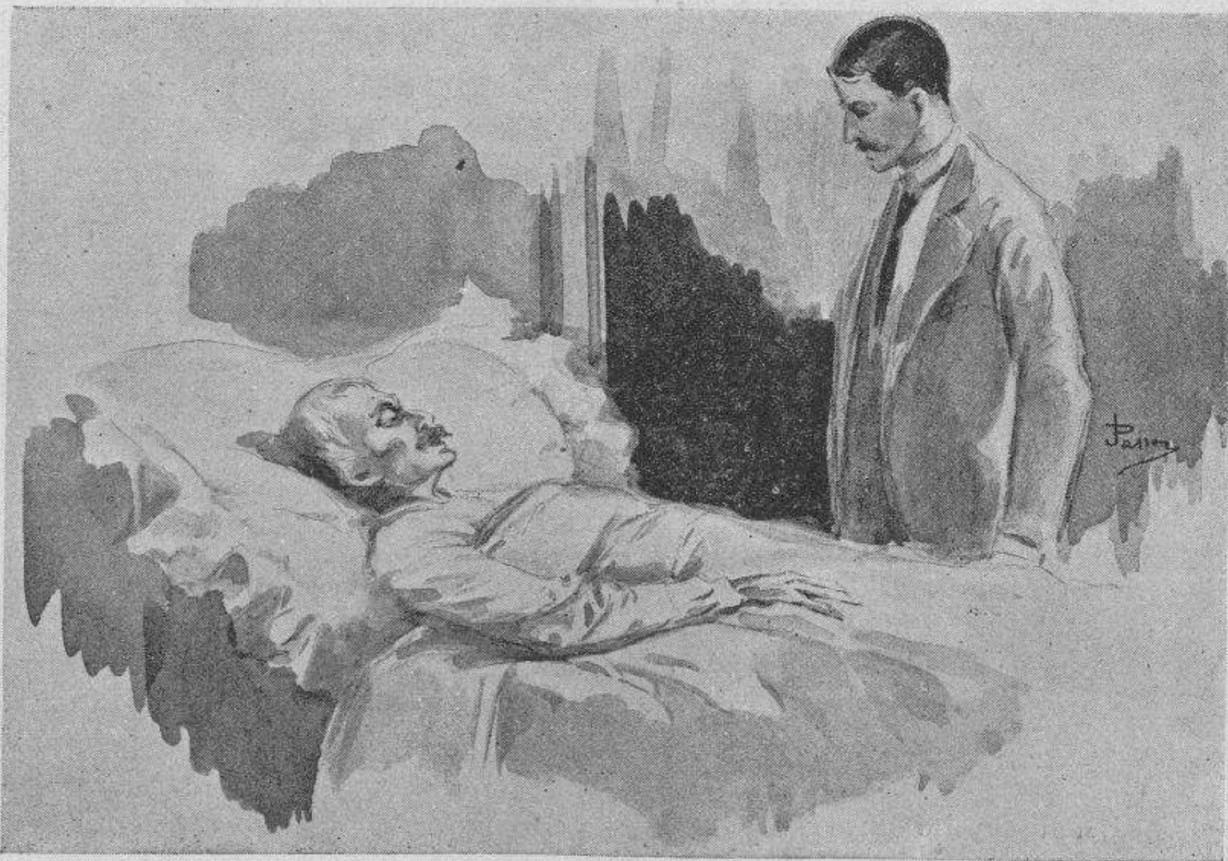
renta y ocho horas después entró en la agonía y espiró dulcemente, asistido con piadoso celo por los tres licenciados.

Cuando éstos hubieron liquidado la herencia paterna, satisfecho los gastos de enfermedad y entierro, junto con varias deudas del difunto, y vendido el ajuar común, para irse á vivir en una casa de huéspedes, se repartieron entre los tres 914 pesetas con 6 perros chicos.

* * *

Habían pasado ya ocho ó diez años de la muerte de D. Romualdo, cuando una noche reunió la casualidad á los tres hermanos y al primo Roque.

Era ese una especie de ex-gañán, por el cual había profesado el difunto escasísima simpatía. Teníale por muy bruto y hasta cierto punto con razón. Lo cual no impidiera á Roque el hacerse un capitalazo con la compra-venta de ganados.



Hacia largo tiempo que los tres licenciados y su deudo no se veían. El ganadero, que manifestara siempre gran deferencia y respeto por la ilustración y los títulos profesiona-

les de sus primos, mostró gratísima satisfacción del encuentro, y para festejarlo en debida forma, empeñóse en convidarles á cenar en el mejor restaurant.

Opíparo fué el banquete; quiso el anfitrión hacer las cosas en grande, como hombre que tiene mucha plata y sabe el modo de gastarla. Y para que sus convidados no pudiesen abrigar ni escrúpulos ni remordimientos por el gasto crecido que suponía aquella cena de órdago, confesóles que sus negocios marchaban viento en popa y que un año con otro no dejaba de embolsarse él sus doce ó sus quince mil duros. Esas confidencias, naturalmente, llenaban de júbilo el ánimo de Aniceto, que había logrado colarse en una oficina del Estado; de Anacleto, que vejetaba en un poblachón de mala muerte, y de Agapito, que seguía de pasante en un colegio de segunda enseñanza. Ya que del pobre Roque no había logrado la familia hacer un hombre instruido, bueno que al menos se ganase bien la vida.

—Mi buen tío Romualdo—añadía con mucha sencillez el ganadero—se burlaba siempre de mí. Y con razón ¡ea! Siempre, siempre serás un badulaque, un salvajete, decíame á cada punto; no sirves ni servirás para nada.

Yo, la verdad, no me ofendía, porque uno ya sabía lo guasón que era... ¿Os acordáis vosotros de lo bromista que era el tío Romualdo?

—¿Qué si nos acordamos?—repuso con indefinible sonrisa el licenciado en Derecho. —Ya lo creo... no sabes tú bien todavía lo guasón que era... Figúrate que pocas horas antes de morir nos estuvo tomando todavía el pelo...

JUAN BUSCÓN.



Yo era feliz

Yo era feliz; el mundo sonreía,
Brindándome amoroso su ternura;
Y yo ¡pobre inexperta! le creía,
Gozando de su mágica ventura.

Todo era bello entonces... enamorada,
Con mis sueños de virgen me adormía...
Una voz cariñosa me arrullaba,
Y un ángel en sus alas me mecía.

Las flores me embriagaban con su esencia...
Las auras me arrullaban con su amor...
Resbalaba mi lánguida existencia,
Pura como el aliento de una flor.

La brisa acariciaba mi cabello,
Deslizándose amante en el jardín;

La luna descendía, y un destello
Alumbraba mi frente juvenil.

¡Todo era bello entonces! mi camino
De flores por doquier veía sembrado;
Y el ángel tutelar de mi destino,
Me enseñaba mi ideal enamorado.

Mas de pronto las flores se inclinaron...
El cielo de mi amor se oscureció...
Los rayos de la luna se ocultaron
Y la brisa su soplo me negó.

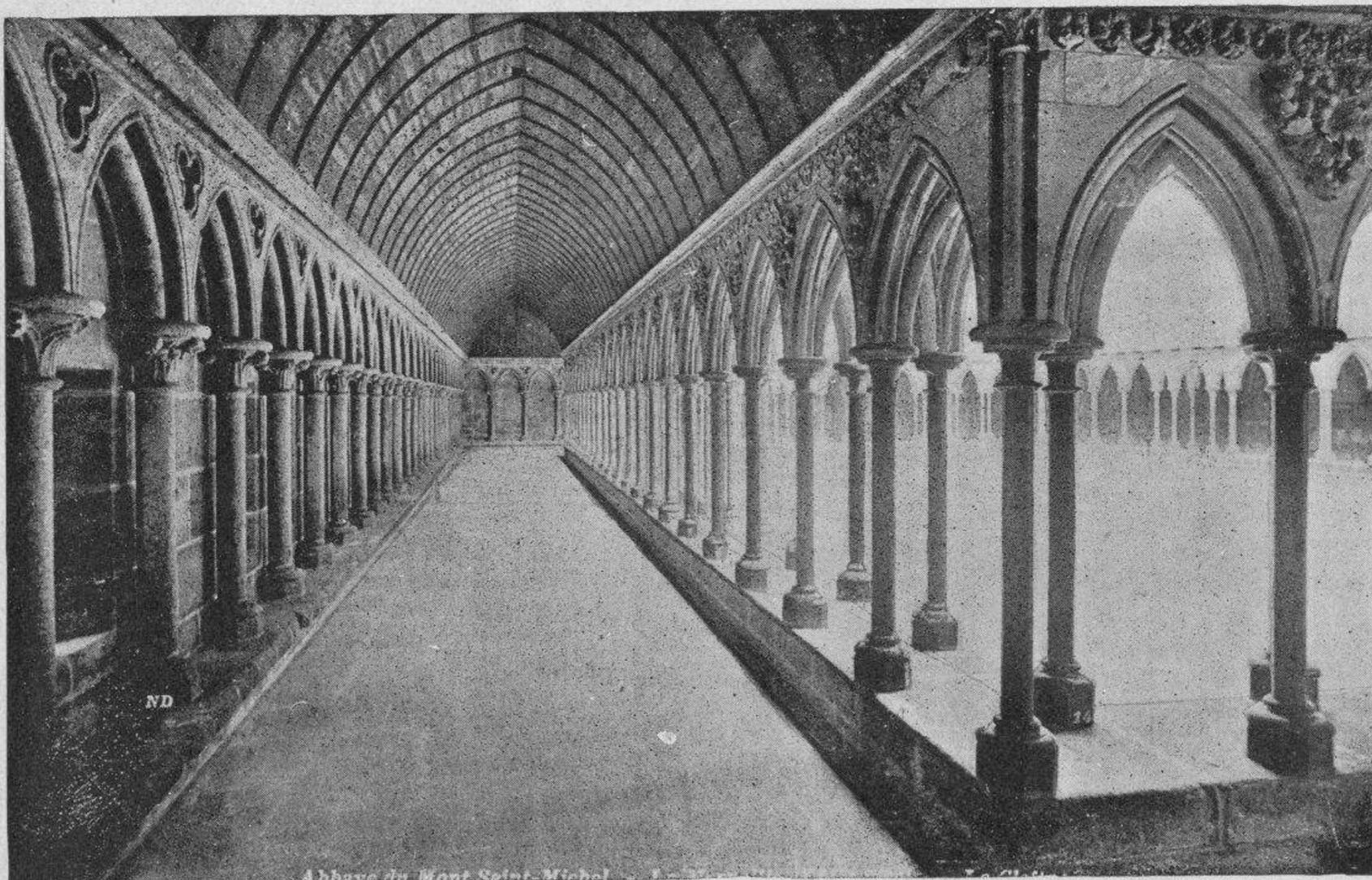
Encontré todo helado, mudo y frío,
Como la yerta palidez del lirio,
Y el pago de mi amante desvarió
Fué la lúgubre palma del martirio!

JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA.

G. COSTA



Del tiempo del imperio



Abadía de Mont Saint-Michel.—La maravilla del siglo XVII

Cuento inmoral

La oportunidad y la resolución (decíame aquel terrible doctor en filosofía práctica) han sido siempre cualidades distintivas de los hombres, cuyos hechos resaltan sobre el tejido de la historia. Quien pierde un instante, todo lo pierde. Sé cierto maravilloso sucedido, y lo referiré para comprobar de lleno esta verdad, tan grande como olvidada.

Un mozo de ilustre progeie y refinadísima educación, pero enteramente arruinado por las locuras de sus padres, ocultaba su miseria entre el bullicio de populosa ciudad. Careciendo de ropa decente, salía al obscurecer y se deslizaba avergonzado, pegado á las casas, procurando que no le reconociesen los que en otro tiempo eran amigos de su familia. Veía pasar trenes suntuosos, caballos de raza regidos por hábiles ginetes, gente regocijada y vestida de gala; oía salir de los cafés y de las fondas y de los círculos torrentes de luz, choques de cristal y carcajadas locas; deteníale la ola de la multitud al entrar en los teatros, y á veces le sorprendía el soplo glacial de la madrugada, atisbando á la puerta de palacios donde se celebraban saraos espléndidos, y le encendía el corazón la silueta de las mujeres que, descubierto el dorado moño y subido hasta la barba el cuello del abrigo forrado de cisne, apoyaban ligeramente su diminuto pie calzado de raso en el estribo del coche. ¡Qué sufrimiento, tener que desviarse del farol para ocultar el sombrero grasiento y la raída capa, las botas torcidas y la camisa de menos que de dudosa limpieza!

En tan críticas situaciones, cualquiera que sea la cultura moral del individuo, creed que surge en el alma una protesta enérgica y ardentísima contra la injusticia de la suerte. Tratadistas hay que aseguran que todo hombre nace *propietario* y *ladrón*; pero esta desolladora observación clínica de la naturaleza humana es más verdadera que nunca si se aplica al individuo que se crió rodeado de bienestar, y á quien ese bienestar impuso necesidades incompatibles con la estrechez. De carácter recto y sentimientos delicados; empapado en las nociones del honor y de la probidad, mi héroe (á quien llamaré Desiderio) notó con sonrojo que la codicia furiosamente se despertaba en su alma, y que al pasar por delante de las tiendas de los cambistas, sin querer calculaba los goces que representarían para él aquellos montones de oro y plata, y aquellos billetes de Banco sembrados á granel en el escaparate. Pensamientos que le afrentaban; ansias que se apresuraba á rechazar con ira; vergonzosas sugerencias; instintos brutales de apropiación violenta y

súbita, le perseguían sin tregua, y en la deshecha borrasca de su espíritu ya se veía perdiendo lo único que le restaba de la dignidad de su ordinaria condición social: el honor vidrioso y exaltado; y además perdiéndolo sin fruto, sin ventaja alguna, pues mientras prevaricaba su imaginación, continuaba envuelto en la capa raída y arrastrando por las calles las innobles y tuertas botas.

Una noche, mientras Desiderio daba vueltas en el camastro esperando vanamente el sueño porque le desvelaba el estómago vacío, el cuartucho se iluminó con sulfúrea luz, y á la cabecera del pobrete se apareció el diablo... ó por mejor decir *su* diablo; lo que para Desiderio era realmente el espíritu maligno (llámese Satanás ó Eblis), el *mal* que en aquel instante actuaba sobre el alma de aquel hombre. El ángel rebelde sonreía, y trazando un círculo en el aire con su dedo índice, inclusa en el círculo y llenándolo por completo se dibujó instantáneamente una gigantesca, relevada, amarilla y fulgentísima onza de oro.

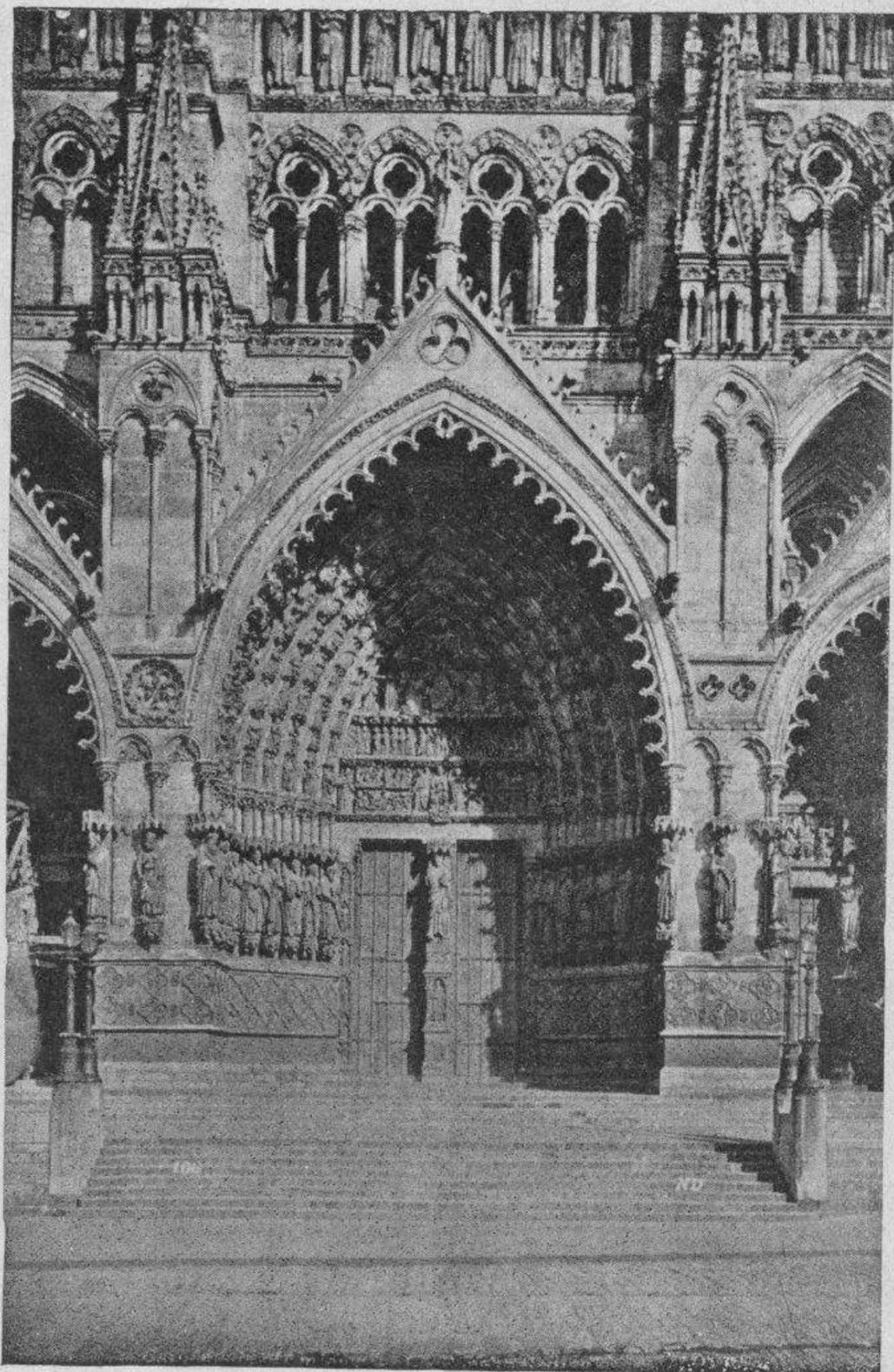
—¿Quieres poseer, quieres gozar?—preguntó el tentador á Desiderio.

—¿No lo sabes?—respondió el mozo afanosamente.

—Pues escucha. Hace cinco siglos yo te haría firmar con tu sangre un pacto donde declarases que me vendías tu alma por los bienes de la tierra. Hoy todo ha progresado, hasta la fórmula de los pactos diabólicos. ¿A qué comprar almas que ya se entregan? El contrato es libre; eres dueño de romperlo á cada instante. Quedas en posesión de tu albedrío; puedes sacudir mi yugo con sólo resignarte á eterno trabajo y á perpetua miseria. En cambio, yo te ofrezco el medio de saciar tus apetitos. Cuando al pasar por sitios donde rueda el oro y se ostenten las riquezas quieras tender la mano y apropiártelas, serás *invisible*: los poseedores notarán que *han sido robados*, pero se volverán locos sin sospechar ni averiguar *por quién*. Como soy leal y no engaño nunca (digan lo que digan los necios), te añadiré que habrá un momento (no puedo advertirte cuál) en que perderás el privilegio, y podrán cogerte infraganti y con las manos en la masa. Ese momento será muy corto: llamémosle *la hora de Dios*: en cambio *los años del demonio*, si los aprovechas, te habrán permitido vencer en opulencia á los nababos y á los rajás de la India. Sé diestro, decidido y cauto, y el porvenir te pertenece.

Apagóse la luz; borraré el relieve de la gigantesca onza; y Desiderio, aturdido, dudando si la calentura de la debilidad era la que le obligaba á soñar disparates, vió amanecer y se levantó febril. Apenas se echó á la calle volvieron á atormentarle las palabras del Maldito. Es decir, que con un impulso de la voluntad, con sólo transformar el acto en deseo, podía inmediatamente satisfacer sus antojos, apurar las alegrías de la vida. Precisamente pasaba entonces por

ALREDEDOR DEL MUNDO



Pórtico de la Catedral de Reims

J. RITZER



La hermana mayor

A. SMITH



Idilio pompeyano

delante de una joyería, en cuyo escaparate chispeaba una *riviere* de chatones gordos como avellanas. Si se apoderaba de ella, el botín representaba una fortuna. Pero ante todo ¿en realidad, no podrían verle cuando echase mano á la alhaja? Era preciso saber si mentía el diablo, si había querido sencillamente burlarse de un infeliz. — Entró Desiderio en la tienda, y notó con asombro que los dependientes no dieron la menor señal de haberle visto, ni se movieron de su sitio, ni levantaron la cabeza al ruido de sus pasos. Desiderio avanzó, acercóse al escaparate, descorrió el pasador de la vidriera, alargó la diestra,

C. DATTI



El bardo

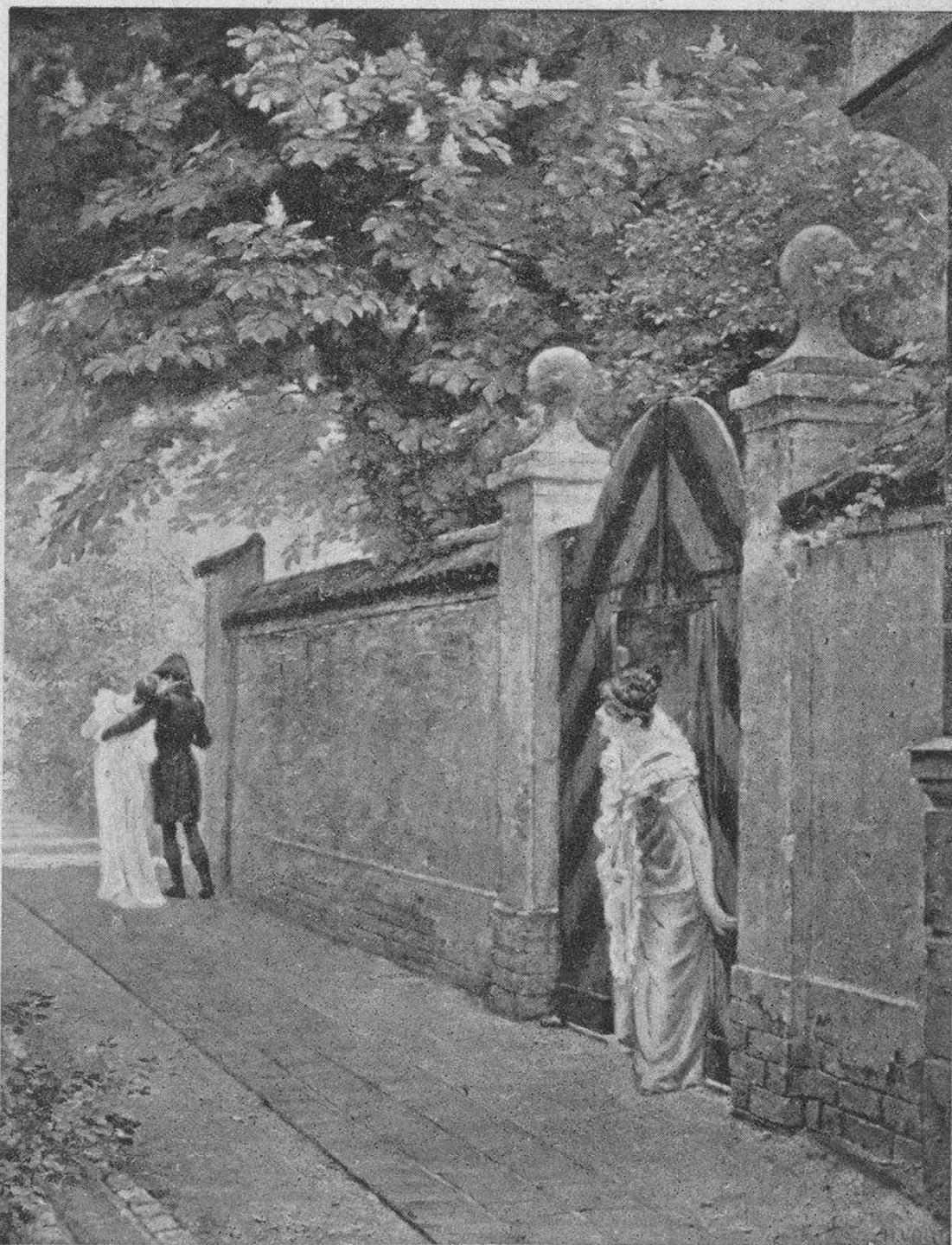
tomó el estuche... Los dependientes, como si tal cosa. — No cabía duda; no le veían; estaban cegados por mágico poder; ni se les ocurría que un hombre andaba por allí, dueño de las preciosidades que juzgaban resguardadas por el vidrio. Desiderio sentía bajo sus dedos los brillantes, comprendiendo que podía llevárselos impunemente. De pronto los soltó, exhaló una especie de gemido... Le parecía que las soberbias piedras le abrasaban las yemas de los dedos.

Desde aquel minuto vagó como alma en pena y sufrió como un condenado, probando todas las amarguras del delito sin recoger su precio. Los principios mamados con la leche, espectros de un pasado de caballeresca altivez y de inmaculada honra, se aparecían, le paralizaban. Hamleto de la codicia, como el otro lo fué de la venganza, asesinábale la indecisión, y habiendo perdido su estimación propia al notar la continua tendencia de su

voluntad hacia el atentado, no granjeaba los apetecidos bienes porque se lo impedían vallas invisibles, telarañas morales interpuestas entre el propósito y su realización. Y así pasaban días y días, y Desiderio continuaba acongojado, perplejo, famélico, haraposo, miserable, triste, envidiando y no poseyendo... y al paso que con la imaginación pecaba á cada minuto, con las manos no se hubiese resuelto á tomar ni un alfiler, ni un confite, ni una flor...

Sin embargo, un día en que no había comido nada, en que la vista se le nublabá y las piernas le temblaban negándose á sostener el cuerpo, Desiderio, ante el escaparate de una pastelería, sucumbió por fin. Entró, tendió la mano, asió una morcilla reluciente y olo-

M. MORLETTI



Celos

rosa. Le hincó el diente con rabia... Y al punto mismo tuvo la sensación de que aquel era el momento crítico, el fatal momento en que le verían y le echarían el guante y le pasearían por las calles atado codo con codo, entre befa y escarnio... Y así fué: de improviso los pasteleros vieron al raterillo, se lanzaron sobre él, y hartándole de bofetadas y mojicones, le entregaron á la policía.

Aquella noche durmió en la cárcel.

—La moraleja del cuento—añadió el filósofo—es que la ocasióu la pintan calva, y que no conviene pecar á medias.

—Creo—respondí algo desalentado—que, á pesar de esa moraleja de bronce y acíbar, ni en el mundo físico ni en el moral se pierde un átomo de fuerza y de energía, y la larga y valerosa resistencia de Desiderio á las malas sugerencias ya se habrá cristalizado en alguna forma bella.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Placeres tristes

Que te admire no es justo
Si á bostezar empiezas,
La turba que á admirarte va al teatro.
¿Quién ha de ver con gusto,
Que pertinaz bostezas
Una vez, y otra vez, y tres y cuatro?
¡Ay, prenda que idolatro,
Ahora sé, á pesar mio,
Que es el placer la fuente del hastío!

Si el ver tantos galanes
Tu bostezo provoca,
¿Qué harás cuando estés sola, Rosalía?
No juzgué, voto á Sanes,
Tan inmensa esa boca
Que ha poco me llamaba: «vida mía».
¡Cuánta razón tenía
Quien dijo sabiamente
Que son los goces del hastío fuente!

En tus ojos serenos
Hoy se ve una zozobra
Que ya la bilis de tu madre exalta.
¿Qué echas de más ó menos?
¿Es tu madre quién sobra?

¿Soy yo (¡quíralo Dios!) lo que te falta?
¿Por qué el dolor te asalta?
¿Será cierto, bien mío,
Que es el placer la fuente del hastío!

Desde... (ya tú me entiendes),
Yo también, Rosalía,
Con honda pena ¡ay de mi triste! lidio.
¿Cómo en rubor te enciendes!
¡Llora, sí, vida mía,
Después de tanto amor, tanto fastidio!
Lloremos (pese á Ovidio),
Aunque mi amor lo siente,
Que son los goces del hastío fuente!

Si el placer que gozamos
Nuestras almas abisma
Es un fiero dolor que nos devora,
Tras la virtud corramos,
Pues tan sólo á sí misma
Eternamente la virtud se adora.
¡Oh, mal haya la hora
En que aprendí, bien mío,
Que es el placer la fuente del hastío!

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



ZIMMERMAN



Meditación

¡Gorriones!

I

—Querido Saltamontes, he venido á ver á usted, con una modestísima pretensión.

—Usted dirá—contestó el *reporter* de *El Noticiero*.

—Me acaban de decir que es usted, así, como medio empresario del Circo Barcelonés.

—Ni sé de qué me habla usted, querido Godínez.

—No le hace. Vengo por un palquito para la familia; es decir: para las señoras, únicamente; y por dos butacas: una para mí y otra para mi hijo mayor, que se acuerda mucho de usted, y me ha encargado que le saludara en su nombre.

—Pero, hombre de Dios, ¿de dónde voy á sacar eso? Si nada tengo que ver con la empresa, ¡ni Cristo que lo fundó!

—No importa; quedamos...

—En nada.

—¿Cómo en nada? No sea usted guasón. Si no quiere molestarse, ya nos encontraremos, cinco minutos antes de la función, en la puerta del teatro.

—Le prevengo, Godínez, que no iré.

—¡Guasón!

Y dando un cariñoso golpecito en el hombro de Saltamontes, y un portazo, que estremece la casa, precipítase escalera abajo; á prevenir á la familia, que aquella misma noche, será obsequiada por su amigo el empresario del Circo.

Inmediatamente la muchacha sale escapada, en busca de los siguientes polvos:
De gas, para lavar la camisa del papá. De arroz, para *los cutis*. De coral, para los dientes.
De jabón *Rusk*, para las manchas y guantes enmohecidos.

II

—¿Qué corbata me pongo? María — gritaba el padre.

—La encarnada con pintas negras, imitación sandía.

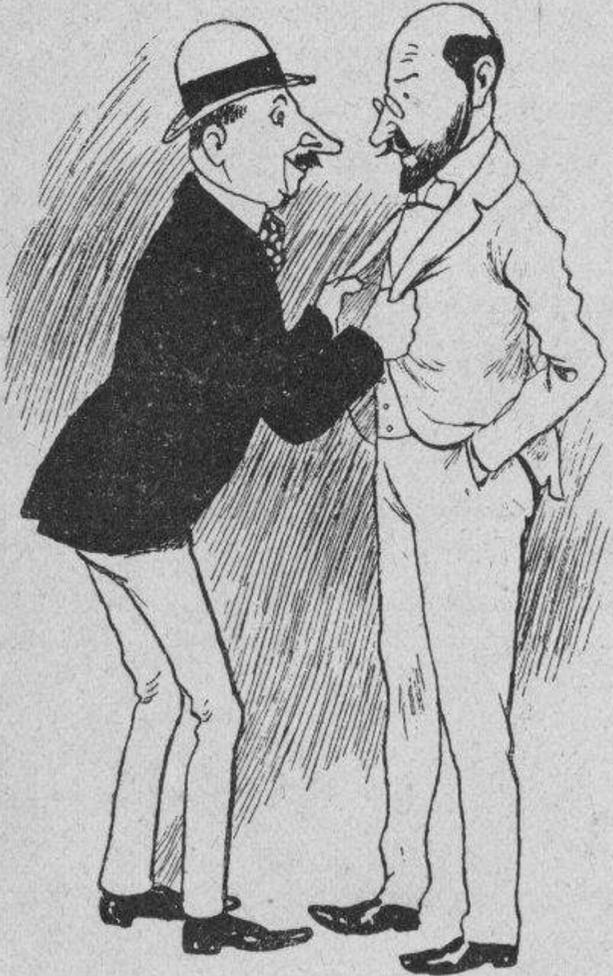
Arreglado el papá y *enjaezadas* las niñas, se dirigen al tranvía.

Como de costumbre, iba el coche atestado de pasajeros.

La mamá hecha un ascua, de coraje, y prodigando miradas de indignación á todos lados, pidiendo una *miaja de asiento*, como gráficamente decía.

Los semblantes de las niñas despedían el brillo de la satisfacción mayor que caber puede.

Gustaban de esas apreturas nervioso-recreativas, y al sentir el vacilante movimiento que las curvas de la vía imprimían al coche, agarrábanse unas á otras,



yendo á caer, al descuido, sobre un cura castrense, que las recibía muy complacido.

III

Como faltaba una hora para empezar la función, estuvieron paseando y *repaseando* la Rambla de Santa Mónica, por ver si aparecía el amigo Saltamontes.

—¡Qué magnífica ocasión — dijo, al verles, un matrimonio amigo, que estaba tomando el fresco, sentado en un banco. — Iremos juntos al muelle, á comprar una sandía y nos la comeremos tan ricamente.

—Claro.—Contestaron las niñas, justamente ofendidas.—Para esto nos hemos vestido.

—¡Vamos al Circo!—añadió la madre, con soberano desdén.

—Sí, á palco y á butacas; todo regalado por el mismo empresario en persona; ¿se enteran ustedes?—dijo el papá.

—¡Caramba!—contestó el otro *cónyuge*.

—¿Ves, ves?—Exclamó su mujer. — Esos señores tienen buenas relaciones y van al teatro de balde; cuando nosotros siempre lo hacemos pagando y nos cuesta un dineral, como ustedes comprenderán.

—Para pedir se necesita...

—Relaciones, imbécil; lo que tú no tienes.—

Dijo la mujer.—En tres años que estamos de

guarnición en Barcelona, no conoces más que al hombre que nos trae los garbanzos por junto.

—No queremos molestarles. Anden con Dios y que se diviertan mucho.

—Y ustedes lo mismo,—contestaron las niñas.

—Ya lo creo.—Exclamó la *tenienta*, dando un profundo suspiro. — ¡Figúrense lo que vamos á divertirnos nosotros dos solitos!

—Anda, déjalos, — refunfuñó el padre, á media voz,—¡qué manera tan indecente de pedir que les conviden!

IV

Cansada de esperar á la puerta del teatro, la familia se deshacía en impaciencia.

—¡Cómo! ¿No entran ustedes todavía? — Dijo

Carlitos, al tiempo de saludarlas. — Si están ya en la mitad del segundo acto.

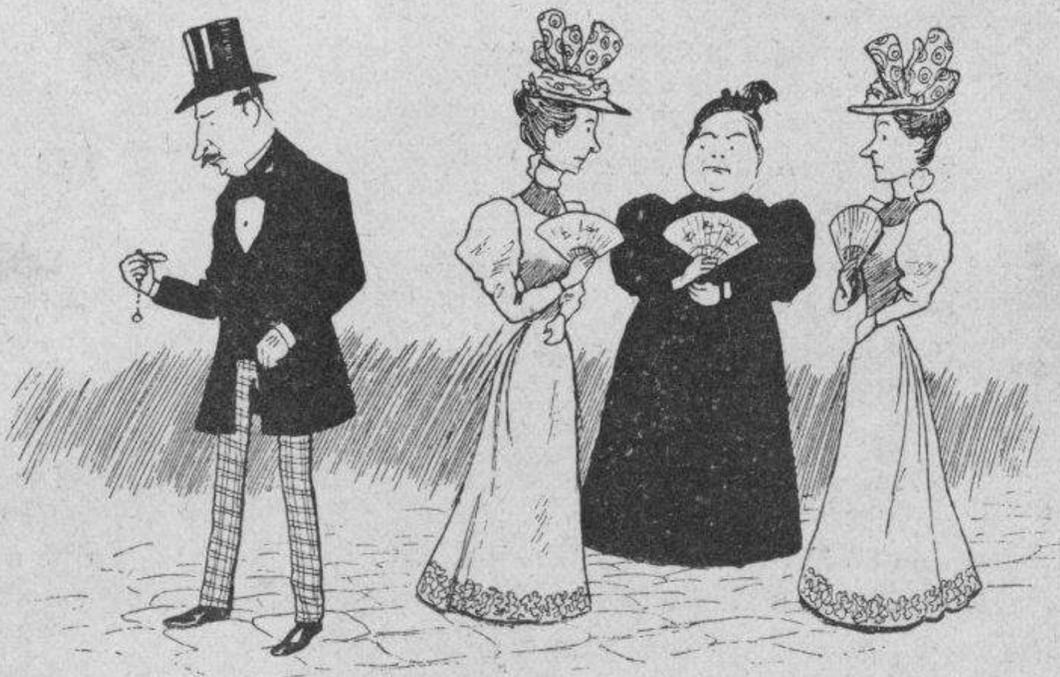
—Esperamos á...

—Vaya, ya nos veremos dentro.

El padre tenía el reloj en la mano y taconeaba, yendo arriba y abajo de la acera.

Las señoras se abanicaban vertiginosamente.

Los chorros de sudor caían por su cara y los vaporosos polvos de arroz se habían convertido en pegajoso engrudo.



Estaban *un poquito* más feas que de costumbre. ¡Y cuidado que lo eran extremadamente! Una oleada de gente les empujó puerta afuera. Se había concluído el acto segundo.

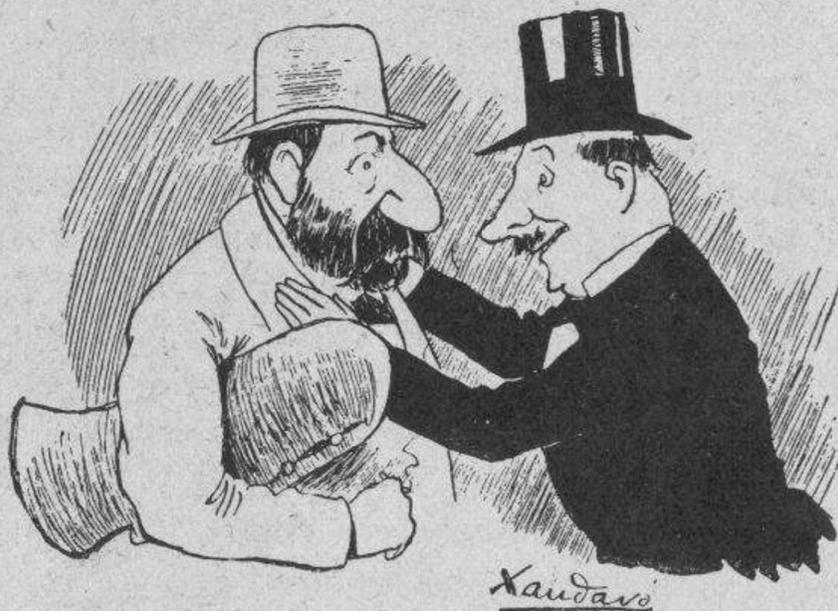
Dieron las once y con la última campanada perdieron la última esperanza.

Saltamontes no parecía, ni este era el camino.

Cabizbajos y mudos se retiraron. Y como en aquel momento acertaba á pasar un *trombón* de El Eldorado, el padre echó á correr tras él, á pedirle butacas para la noche siguiente.

Por donde se ve, que los *gorrones* no escarmientan nunca.

PEDRO GAY.



Cantares populares

Tú, misionero de Dios,
si en el camino la encuentras,
díla que yo la perdono
pero que no quiero verla.

Si los hierros de tu reja
tuvieran lengua y hablaran,
más de cuatro personitas
de sentimiento lloraran.

Dos besos tengo en el alma
que no se apartan de mí,
el último de mi madre,
y el primero que te dí.

Al pie de un árbol sin fruto
me puse á considerar,
¡qué pocos amigos tiene
el que no tiene que dar!

Murió mi madre, ¡ay de mí!
¡malhaya mi desventura!
que no hay quien pase trabajos
mientras su madre le dura.

Pareces por la veleta
una fuente de Triana,
que cuanto más falta hace
suelta el caño menos agua.

«El que la sigue la mata»,
dice un refrán muy antiguo,
pero yo no te he matao
y hace tiempo que te sigo.

Pensamiento, tú me matas,
tú me tiras á perder,
tú me traes á la memoria
cosas que no pueden ser.

Al que viva como yo
con la esperanza perdida,
no es menester que le entierren
que ya está enterrado en vida.

Yo soy como aquella piedra
que está en medio de la calle,
todo el mundo me tropieza
y yo no me meto con nadie.

El que da limosna á un ciego
da limosna á un hospital,
que es la mejor limosnita
que hay en el mundo que dar.

Dicen que estas son desgracias,
la que yo tengo es muy grande,
que nació ya siendo ciega
y no conocí á mi madre.

Tengo celos de las rosas
que te pones en el pelo,
de tu madre, si te besa,
y dirás que no te quiero.

En el carro de los muertos
ha pasado por aquí,
llevaba una mano fuera
por eso la conocí.



Yo no fumo y me parece oler...



¡Una colilla!



¡Y de á real



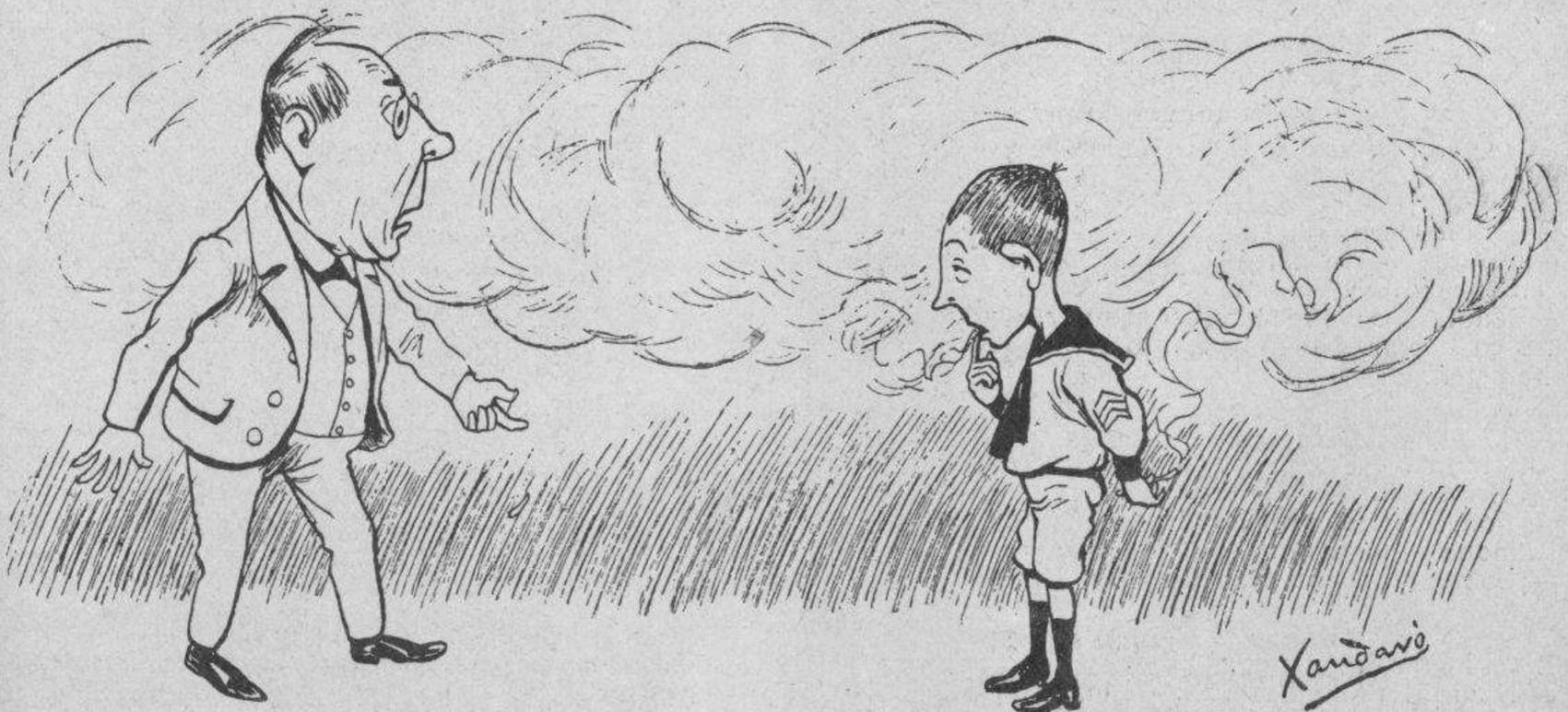
¡Dios mío! ¿Si me será infiel mi esposa?



¡Venganza!



¡Y qué mal huele!



Xaudaró

¡.....!



La baronesa consulta al doctor sobre la salud de una parienta suya.

—¿Y no podría ser— dice el doctor— que estuviese... en... estado... vamos, interesante?

—¡Doctor! Si es viuda hace dos años.

—¡Ah, perdón! Creí que era soltera.



A un tiempo, á un rico y á un pobre
Igual dolencia asaltó;
¿Cuál murió de ellos?— El rico,
Que más remedios tomó.



—¿Qué le parece á usted mejor, don Ambrosio, para esta calentura que no me deja?

—Puesto que nada conseguimos con el plan ensayado, creo que lo mejor será que vaya usted á respirar los aires natales.

—Temo, sin embargo, que los aires natales no me sirvan de nada.

—¿Por qué?

—Porque he nacido en el Rastro.



Todas las mañanas voy
A misa á San Agustín,
A darle gracias al santo
Que me ha librado de tí.



El médico á la enferma:

—Lo que usted necesita, señora, es un reposo absoluto.

—Pero míreme usted la lengua, doctor.

—También necesita reposo.



Si en amar soy prudente,
Es porque, escarmentado,
Para obrar con cordura en lo presente,
Tengo puesto un oído en lo pasado.



En el picadero:

—¿Cómo vuelve usted á pie? ¿Dónde ha dejado usted el caballo?

—El animal se empeñó en continuar, y yo me empeñé en entrar. No he querido ceder y... aquí me tiene usted.



—Ramona, esposa mía, conozco que me muero... Y mi pena mayor es dejarte sola... Te voy á dar un consejo... Cástate con Ricardo, es un buen amigo...

Ramona sollozando:

—¡Lo mismo había pensado yo!



En el hogar doméstico:

—¡Ni siquiera me has hecho el más pequeño rega-

lo!... Y hoy es mi cumpleaños. ¿No te has acordado?

El.—Sí; pero... ¿á qué recordar ni conmemorar que eres un año más vieja?



En una tienda de modas entra una señora de cincuenta años muy elegante.

—Necesito un sombrero—dice.

La dueña del establecimiento á una obrera:

—Saque usted los modelos para señoras de veinte á veinticinco años.

La señora pensaba comprar un sombrero y compró tres.



Dos amigos se encuentran después de larga ausencia.

—¿Te acuerdas de aquella Rosita con quien bailábamos en las reuniones de Casa-Martínez?

—¡Vaya si me acuerdo! Por cierto que tenía un genio... Muchas veces yo dije: ¡pobre del que se case con ella!...

—Pues hace año y medio... ¡que es mi mujer!



MÁXIMA

¿Cuál es el hombre invencible? Aquel que, inmóvil en su asiento, no se inmuta por las cosas que no dependen de su voluntad; le considero como un verdadero atleta. Ha sostenido un combate. ¿Sostendrá el segundo? Ha resistido al dinero. ¿Resistirá á la belleza? Ha vencido en pleno día, en medio del mundo. ¿Vencerá sólo durante la noche? ¿Triunfará de la gloria, de la calumnia, de la adulación, de la muerte? ¿Dominará todas las incomodidades y todas las tristezas? En una palabra, ¿será victorioso hasta en sueños? Ved el atleta que busco.—*Epicteto*.

LA SAETA

Semanario ilustrado

DIRECTOR

V. SUÁREZ CASAN

PROPIETARIO

PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . .	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . .	17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado